

A mi tierna infancia

Andrés Dickinson



Capítulo 1

I

A ti, don de esplendores, rubicunda,
-la que siempre frágil en la memoria
degusta el pueril sabor de la gloria,
en los recodos de una edad fecunda-,

doy mi canto de lúgubre bufón.

A ti -el dolor eterno y el agravio
de besos que no tienen dulce labio
de amor ni la cólera del tifón-,

cedo el peso que a mi alma reconstruye,
a pesar del menesteroso abrazo
allegado al resplandor que rebulle,

al clarear de una pronta soledad.

¡Eres tú, serena infancia, el regazo
de aves sin luz que alcanzar, sin edad!

Capítulo 2

II

Dulce era el pleamar donde el corazón
corría, tan pequeño, a visitar
los cielos y los versos recitar
de aquel Dios mudo, acaso sin razón.

¡Así éramos a las lides del mundo!
Arbóreo en el aire me sentía;
ahora me parece que mentía
el lento ardor de aquel fuego fecundo:

regazo hecho de nubes y ambrosía.

¡Lo sabes, tierna y solitaria infancia!
Cuando deseabas, sin alevosía,

cuando volabas, risueña, y apartabas
al amor del miedo y la repugnancia,
dejándome el sueño del cual te hartabas.